

¿Pueden coexistir diversos modelos productivos en la actividad agrícola en Colombia?

Los retos de la agricultura colombiana en el siglo 21 son enormes. Según los pronósticos de la OECD y la FAO, la demanda por alimentos y bioenergía seguirá expandiéndose a tasas altas en las próximas décadas, jalonada sobre todo por las economías emergentes del Asia, Este de Europa, América Latina y África.

También Colombia participa de esta dinámica. El ingreso per cápita en Colombia ha venido creciendo sostenidamente en la última década y con ello la clase media que demanda más y mayor calidad de alimentos y energía.

Sin embargo, la agricultura colombiana no ha respondido todavía a estos retos con contundencia. En efecto, el sector viene creciendo sistemáticamente por debajo del crecimiento del PIB total, y por eso su participación va en 6,2% (DANE,2011), cuando hace una década era del 8%.

La agricultura colombiana utiliza hoy en día 5,3 millones de hectáreas de un potencial de 22 millones. Pero el potencial de la agricultura no es solo por la disponibilidad de tierra, es también por el resto de la oferta ambiental: agua y clima, y la población rural que, a pesar del proceso migratorio a las ciudades, todavía representa el 25% de la población total. El subdesarrollo del campo se refleja en los altos niveles de pobreza en el campo (47%), los cuales son muy superiores a los de las ciudades.

Tanto desde el lado de la demanda como de la oferta de factores productivos están dadas las condiciones para que la agricultura colombiana dé un salto en su crecimiento a través de un mayor uso de la tierra disponible y de un aumento de la productividad.

Ese camino no es único, puesto que la agricultura colombiana es altamente diversificada en su producción y en la combinación de factores productivos que utiliza (Tierra, Capital, Mano de Obra).

Hay regiones como la altillanura con abundancia de tierra y escasez de mano de obra. Allí las tecnologías intensivas en capital pueden aprovechar las economías de escala y lograr producciones competitivas de maíz, soya, palma, forestales y caucho, entre otros. Por supuesto, que para ello se requiere un esfuerzo público-privado en investigación para mejoramiento del suelo y de variedades productivas resistentes a plagas. El esfuerzo del sector privado que consiste en invertir recursos y tecnología debe estar precedido del esfuerzo público de garantizar los derechos de propiedad de la tierra, liderar el desarrollo de la infraestructura de conectividad y mantener la seguridad en la región.

Hay otras regiones, como la andina, donde la mano de obra todavía es abundante en muchas zonas, pero escasea la tierra y el capital. Las producciones de pan coger, frutas y hortalizas son eficientes en general. En este caso, lo que les falta a muchos de estos pequeños productores es ampliar sus parcelas, acceder a crédito, asistencia técnica y asociatividad para lograr economías de escala en la comercialización.

Sobre la asociatividad cabe recordar que ésta no solo aplica a los pequeños productores. También es muy importante promover la asociatividad entre pequeños, medianos y grandes productores, como ha sucedido con algunas experiencias exitosas en palma y caña de azúcar. Estas se podrían replicar a otros productos.

En conclusión, es falso el dilema de que en Colombia solo cabe un único modelo productivo para la agricultura. Afortunadamente en nuestro país hay suficiente tierra con vocación agrícola para que se desarrollen proyectos agroempresariales de gran tamaño y para mejorar la situación de los pequeños productores.

La agenda de política pública prioritaria debe ser la de permitir la adquisición de tierras que fueron tituladas y no resultaron exitosas, para desarrollar proyectos agroempresariales de gran tamaño con tecnología y valor agregado. También el Estado debe poder concesionar tierras baldías para desarrollar este tipo de proyectos, que además deben tener compromisos con la sostenibilidad ambiental y asociatividad con pequeños productores de la zona.

En cuanto a los pequeños productores, la agenda de política pública debe centrarse en la formalización de sus tierras, la restitución y la entrega en usufructo a asociaciones de pequeños productores de tierras baldías. Solo al evaluar que los resultados después de varios años son exitosos se podrán titular esas tierras a los productores. Otros temas urgentes de atención son mejorar el acceso a financiamiento, la asistencia técnica, y promover la asociatividad.

Finalmente, también son cruciales para mejorar la competitividad de la agricultura en general, el mejoramiento de las vías, los sistemas de riego, la capacitación para el trabajo y la seguridad social.

Todo lo anterior requiere de una renovada institucionalidad del Estado, que empieza por contar con un Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural fuerte y una capacidad de éste de coordinación con otras agencias del Estado.